

Tengo el pecho destrozado.
 MARC. ¿Mas para ir al mundo estás
 dispuesto cual te ofrecí?
 Hoy me dejarás aquí...
 LISARD. (Abrazando estrechamente á su padre con

*gran vehemencia y la mayor expresion
 de terror.)*
 ¡No, padre mio, jamás!
 (Marcolán alza la cabeza y las manos al cie-
 lo como para darle gracias; cae el telon.)

Sevilla, 1842.

FIN DEL DRAMA

PROSAS

SUBLEVACION DE NÁPOLES

CAPITANEADA POR MASANIELO

CON SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS HASTA EL RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO ESPAÑOL

ESTUDIO HISTÓRICO

*Ad extremum ruunt populi exitum,
 cum extrema onera eis imponuntur.*

TÁCITO

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR
DON FRANCISCO JAVIER DE ISTURIZ,

SENADOR DEL REINO, ETC., ETC., ETC.

*Como testimonio de fina y constante amistad en prósperas y adversas
fortunas.*

Su compañero,

Angel de Saavedra, duque de Rivas

PRÓLOGO DEL AUTOR

El nombre de *Masanielo*, tan célebre en la historia y popularizado en estos últimos tiempos por la poesía, y mucho más aún por la música de Auber, fué uno de los primeros que ocurrieron á mi imaginación al poner el pie en la hermosísima ciudad de Nápoles, teatro del, aunque pasajero, formidable poder de aquel ente extraordinario; y me propuse desde luego tomarlo para asunto de un artículo de revista. Pero cuando recorrí las calles y plazas que presenciaron su arrojo, su prospera, aunque fugitiva fortuna, sus horribles crueldades y su lastimosa muerte, y empecé á reunir noticias y documentos sobre su persona y hechos, conocí que necesitaba de más ancho campo, y me decidí á escribir la historia de su dominación. Mas como ésta no podía ser comprendida sin tener idea del estado á que llegó el reino de Nápoles bajo el gobierno de los vireyes españoles, y particularmente bajo el del duque de Arcos; y como fué de tan pocos días, y á la muerte de Masanielo no concluyó la sublevación, antes bien se hizo más grave y peligrosa; advertí que para presentar una idea exacta de aquella revuelta, y dejar satisfecho al lector, era indispensable dar más ensanche á mi trabajo, y trazar un cuadro completo de tan memorable acaecimiento.

Resuelto á emprender esta obra, aunque desconfiado de mis fuerzas para llevarla á cabo, hice nuevas investigaciones, reuní mayor copia de documentos, examiné curiosos manuscritos, lei cuantos autores de aquellos sucesos tratan, y conferencé largamente con los eruditos del país; eligiendo para servirme de guía en mi trabajo á los escritores que merecen mayor crédito entre los mejor informados de las ocurrencias de aquel memorable período. Siendo éstos: Tomás de Santis, contemporáneo y colocado entonces en posición á propósito para escribir con buenos datos, pues era secretario de uno de los sediles ó barrios de la ciudad de Nápoles, y desempeñaba además otro empleo en la administración; y aunque pesado y falto de color, sin aventurar ningún juicio, escribió con solijitud lo que presencié, indagando con solicitud lo que ocurrió fuera del alcance de su vista. — Alejandro Giraffi, también contemporáneo, que publicó en Venecia, con nombre supuesto, un diatriba muy prolijo de la dominación de Masanielo.

No se sabe quién fué, pero se colige por su obra que era hombre del pueblo, y de instrucción pedantesca; se entusiasma y extasia con las acciones de su héroe, aunque no aprueba sus crueldades; da acogida á las vulgaridades más absurdas, y nunca pierde el respeto al duque de Arcos. Su estilo es ca humilde, pero á veces se remonta ridículamente, excitando textos de lo que pasaba de día, y que se escribía de noche lo que los acontecimientos. — Rafael de Torres, también contemporáneo, que escribió y publicó en Génova la historia de aquella sublevación, en latin crespó en boca de los personajes, y emposos discursos en boca de los sucesos con buen orden políticos; pero expone los sucesos con muy buena claridad, y se conoce que escribió con muy buenas noticias. — El conde de Módena, secretario y director del duque de Guisa, escritor culto y entendido, enemigo acérrimo de los españoles, que le tuvieron largo tiempo prisionero; y dándose en su obra exagerada importancia, refiere con bastante exactitud, aunque de oídas, las ocurrencias de Masanielo, y con mayor seguridad las del corto tiempo que el duque francés dominó á Nápoles, como cosa que él mismo preparó, de que fué testigo y en que tuvo una parte tan principal. — Parrino, panegirista de los vireyes, y que escribió medio siglo despues. — Giannone, autor más moderno, que escribió con un método particular y raro la historia general de Nápoles. — Y el moderno Dr. Baldaachi, quien últimamente ha publicado un excelente compendio de la historia de aquella revolución, escrito con muy buen gusto, con calor sumo, con buenos estudios y con elegante pluma.

También entre el cúmulo de manuscritos, que he registrado, elegí los que á juicio de los eruditos merecen más crédito, y que aparecen ser efectivamente de mucho valor; como el del maestro de campo Capacelatro, que es el más precioso de todos y muy raro; el de Agnello de la Porta, más conocido, y que da muy buenas noticias y descien- de á curiosas minuciosidades; una relación anóni- ma, no muy extensa, y que pocos han visto, de aquellos sucesos, que posee con otras obras muy raras el príncipe de San Giorgio; varias cartas de aquel tiempo, y entre ellas algunas muy importan-

tes, de un proveedor general que padeció grandes pérdidas en aquel desorden, y otras del ayuda de cámara del duque de Arcos; y otros documentos de la época, que existen en los archivos públicos y en los particulares, y de los que insertamos algunos en el apéndice de esta obra.

Con estos datos y con el consejo de personas doctas la he escrito. No sé si he trabajado con acierto, y si he conseguido trazar una historia interesante de aquellos dramáticos sucesos, que turbaron el año 1647 un reino importantísimo, que dependiente entonces de nuestra inmensa monarquía. Si no he acertado á desempeñar dignamente mi propósito, no será por falta de estudio, sino por falta de capacidad. Y puede que á lo menos haya logrado recordar un episodio digno de atención de nuestra historia del siglo XVII, que tratado por escritor más idóneo podrá formar una obra digna del tiempo en que vivimos.

Nada más tengo que manifestar á mis lectores; pero no puedo concluir este prólogo sin pagar el tributo de gratitud á las distinguidas personas que me han ayudado eficazmente en este trabajo. Entre las cuales es una obligación de mi reconocimiento nombrar al señor comendador Spinelli, archivero general del reino de Nápoles, que puso á mi disposición los escasos documentos de aquella época que tiene en custodia. Al señor duque de Lavello, que me escribió una sencilla memoria para enterarme de la antigua organización municipal de Nápoles. Al caballero Scipione Volpicella, eruditísimo en la historia de su patria, y distinguido literato, que me instruyó, en largas conferencias, de muchas particularidades, y que me informó sobre el grado de crédito de los autores que manejaba. Al señor Luis Blanch, escritor eminentísimo, con quien he consultado varios trozos de esta historia, rectificando con los suyos mis juicios. Al señor Cuomo, á los príncipes del Cásaro y de Monteniletto, y al marqués de Striano-Tito, que me proporcionaron libros de sus bibliotecas; y por último, al señor príncipe de la Rocca, que me facilitó con particular empeño registrar libros raros y preciosos manuscritos. A todos les doy las más expresivas gracias, y á su cooperación y auxilio me reconoceré deudor si alguna gloria y aplauso mereciese esta obra.

INTRODUCCION

La desacertada administración de los sucesores de Carlos V y de Felipe II desmoronó pronto la gran monarquía, fundada con tanta gloria y sobre tan sólidos cimientos por los Reyes Católicos, acrecentada con tanta fortuna por aquel intrépido guerrero, y mantenida con tanto tesón y prudencia por este eminente político. No parece sino que Felipe III, Felipe IV y Carlos II subieron al trono de las Españas para arruinarlas y destruir la obra de sus antepasados. Su política vacilante y mezquina; su ciego abandono en brazos de sus favoritos; su empeño en sostener á toda costa la desastrosa guerra de Flandes; la indiferencia y descuido, ó por mejor decir, equivocado sistema administrativo con que trataron las nacientes colonias americanas, ó hablando con más exactitud, los vastos é importantísimos imperios, que en el Nuevo-Mundo les habían adquirido el arrojo y el heroísmo de Hernán Cortés y de Francisco Pizarro; y la injusticia y rapacidad con que dejaban gobernar los ricos estados que poseían en lo mejor de Europa, hacían no sólo inútil sino embarazoso en sus débiles é impotentes manos aquel inmenso poderío.

Las otras potencias europeas regidas entonces con más acierto, y sobre todas Francia, constante érnula y antigua rival, gobernada por el célebre cardenal Mazzarino, veían gozosas acercarse la ruina del temido coloso español, y no se descuidaban en aprovechar todos los medios de apresurarlo. En cuantos países dominaba fuera de la Península, no perdían ocasión alguna de acalorar el descontento; y en la Península misma agitaban sin cesar á las provincias más activas y bulliciosas. En todas par-

tes pues se veían de tiempo en tiempo los resultados de sus instigaciones, que nada hubieran podido si la poca capacidad de las autoridades que las gobernaban, lo absurdo de las leyes que se les imponían, y lo errado de la administración á que se las sujetaba, no hubieran presentado siempre ancho campo en que se dilatasen. Pero donde se vieron más claramente los efectos de tan descabellado sistema de gobierno, y el partido que de ellos podían sacar los extranjeros, fué en la rebelión del reino de Nápoles, acaecida el año 1647. Pues tras de varios desastrosos sucesos, puso aquel importantísimo estado en manos de la Francia; y no lo separó totalmente de la independencia española, porque la falta de costumbre de independencia, los desórdenes y desconcertos de la anarquía, y los desaciertos, rivalidades y ligerezas de los franceses, hicieron preferible á aquellos naturales, cansados y desfallecidos de su propio esfuerzo, el yugo á que estaban acostumbrados.

Corto fué ciertamente el período de tan memorable revuelta, pero importantísimo en la historia, y digno de la atención del filósofo y del repúblico, porque pueden estudiarse en él la energía que da la desesperación á los pueblos oprimidos; lo terribles que son los momentos de la desenfundada dominación popular, que mancha, ennegrece é imposibilita la mejor causa; y lo que se engañan los ambiciosos, ora naturales, ora extranjeros, que creen fundados en los pasajeros favores y en el efímero entusiasmo del populacho una dominación duradera.

Aun no había sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelión de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; aun hacia vanos esfuerzos para

recuperar la corona de Portugal, incorporada á la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del rey D. Sebastian en Marruecos, y perdida por su incapacidad é indolencia; la guerra de Flandes era cada día más ruinosa, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanesado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el estado de Mantua, y que seguía encarnizada en los Países-Bajos, en el Rosellón y en el norte y costas occidentales de Italia; cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelión llamada de *Masanielo*, que nos propone referir con sus antecedentes y consecuencias, hasta el total restablecimiento del dominio español en aquel reino. Emprendemos este trabajo histórico despues de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena á aquellos trágicos acontecimientos; de haber leído y estudiado con atención los autores contemporáneos y posteriores, que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo, y los escasos documentos que de él existen en los archivos públicos; y de haber oído la tradición, que de padres á hijos ha llegado hasta nuestros días. Sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbas y más ó menos apasionadas contra los españoles, y que no eran ciertamente entonces los habitadores de los otros estados que dominaban, y que fueron los primeros, y de una manera harto más dolorosa, víctimas del desgobierno de los últimos reyes austriacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Carlos II dejó al morir la poderosa y opulenta monarquía española.